GALERÍA INFANTIL

LA REDENCIÓN DE UN PADRE

ó

UN RASGO DE AMOR FILIAL

Cuadro lírico-dramático, en dos actos y en verso,
escrito para jóvenes educandos de Seminarios, Colegios
y Círculos Católicos de Obreros,

ORIGINAL DEL

P. Luis Úbeda y Gallardo, Escolapio,

MÚSICA DEL MAESTRO

A. TRUEBA



PRECIO: **1,50** PESETAS.

Sociedad Anónima CASA DOTÉSIO
EDITORIAL DE MÚSICA, ALMACENES DE MÚSICA Y PIANOS
Carrera de San Jerónimo, 34, y calle de Preciados, 5, Madrid.

Bilbao: 8, Doña María Muñoz.-Santander: 7, Wad-Rás.-Barcelona: Puerta del Angel, 1 y 3.

AGENCE POUR LA VENTE EN FRANCE ET L'ETRANGER
L. E. DOTÉSIO et C.ie 47, rue Vivienne, 47, PARÍS.

GALERÍA INFANTIL

LA REDENCIÓN DE UN PADRE

ó

UN RASGO DE AMOR FILIAL

Cuadro lírico-dramático, en dos actos y en verso,
escrito para jóvenes educandos de Seminarios, Colegios
y Círculos Católicos de Obreros,

ORIGINAL DEL

P. Luis Úbeda y Gallardo, Escolapio.

MÚSICA DEL MAESTRO

A. TRUEBA

PRECIO: **1,50** PESETAS.

Sociedad Anónima CASA DOTÉSIO
EDITORIAL DE MÚSICA, ALMACENES DE MÚSICA Y PIANOS
Carrera de San Jerónimo, 34, y calle de Preciados, 5, Madrid.

Bilbao: 8, Doña María Muñoz.-Santander: 7, Wad-Rás.-Barcelona: Puerta del Angel, 1 y 3.

AGENCE POUR LA VENTE EN FRANCE ET L'ETRANGER
L. E. DOTÉSIO et C.ie 47, rue Vivienne, 47, PARÍS.

PERSONAJES

EDUARDO, hijo de DON VÍCTOR.
ARTURO } hermanos.
CÉSAR } hermanos.
DOMINGO, mayordomo.
NICOLÁS, cocinero.
JUAN, pinche.
CELEDONIO, ordenanza.
UN ZAPATERO } acreedores.
UN SASTRE } acreedores.
AGENTE EJECUTIVO.
POLIZONTE 1.º
ÍDEM 2.º (no habla).

Coro de nueve ciclistas.

Esta obra se representó por primera vez, con extraordinario éxito, en el Real Colegio de Escuelas Pías de San Antonio Abad, el día 22 de Febrero de 1900.

Imprenta Ducazcal, Plaza de Isabel II, número 6.

AL EMINENTE AUTOR DRAMÁTICO

Sr. D. Miguel Ramos Carrión

Mi muy querido y distinguido amigo: *¿Qué mejor título podía escudar la publicación de este ensayo dramático, que la opinión autorizada de sus labios y la rectitud de su elevado criterio?*

Peritísimo maestro y conocedor de los misterios y secretos del arte hermanado con la literatura, usted me animó á cultivar este género de producciones con su proverbial benevolencia, asistiendo á los ensayos de esta humilde obrita é ilustrándome con sus consejos en el desarrollo, toques y perfiles escénicos de la acción hasta lograr dar vida á lo que, por insuficiencia mía, no hubiera podido salir nunca de los limbos de la vulgaridad.

Si á usted, pues, debo en gran parte el éxito franco de este cuadro dramático, justo es que le pague esta deuda de gratitud, dedicándole lo que pudiera llamarse en confianza un juguete, *que no otra cosa es lo que llegué á forjar en lo pobre y menguado de mis luces.*

Sírvase aceptarlo, siquiera sea en recompensa de los buenos deseos con que se le ofrece su afectísimo amigo y seguro servidor,

El Autor.

ACTO PRIMERO

Gabinete de despacho lujosamente amueblado. Puertas laterales. Al fondo, mesa de escritorio con secreter; en el proscenio y á la izquierda, un sillón ó butaca. Cuadro de la Virgen encima de la puerta del mismo lado. Eduardo de pie, apoyado con la mano izquierda en una bicicleta y en traje de carreras.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO *solo, después* DOMINGO.

Música.

El *sport* que me seduce
y de veras me produce
fanatismo,
es la moda deleitable
y ejercicio impresionable
del ciclismo.
Pues cuando imprimo certero
á mi máquina de acero
movimiento,
con estudiada postura,
vertiendo sal, donosura,
sorbo el viento.
Y cruzando carreteras,
pueblos, valles y praderas,
me doy pisto;
hasta que al mundo elegante
aplausos siempre triunfante
le conquisto.
Y tanto mi fama crece,

que la Prensa ya enaltece
mi afición,
proclamándome en justicia
de la ciclista milicia
campeón.

Recitado.

Está visto: ya se impone (*Se sienta.*)
el *sport* de bicicleta;
porque en el siglo presente
nadie corre, todos vuelan:
y volar no es ir en coche,
ni montar soberbia yegua,
ni viajar en tren expréss,
ni tampoco en mongolfiera;
esas costumbres resultan
gastadas de puro viejas
é inventos que bien podrían
hacernos ver las estrellas;
y... francamente, estrellarse
debe ser cosa muy seria,
sobre todo, si es efecto
de voluntades ajenas.
Mientras con este aparato,
formado de lindas ruedas,
dos pedales, un buen guía,
una bocina y linterna,
mucha vista y hábil mano,
gran dosis de inteligencia,
se devoran las distancias
sin temor ni peripecias;
viajando de día y noche,
bien esté la tierra seca,
ó bien descarguen las nubes
agua á torrentes y piedra;
que para el caso es lo mismo
siendo la máquina buena.

Y la mía... vaya si es...
¡de excelente marca inglesa!
Como que no vendería
esta magnífica pieza
por todo el oro del mundo
si ofrecérmelo pudieran.

.. ..

(*Pausa. Durante el presente recitado y el que sigue, se entretiene en limpiar las diferentes piezas de la máquina.*)

Y ¿qué diré del servicio
que tal invento nos presta?
Ya sabrían responderme
el pacientísimo hortera,
el empleado, el cartero
con su valija, y la Prensa;
los mismos hijos de Marte
en tiempo de paz y guerra;
el niño, el viejo, el burgués
y aun la gente de chaqueta;
las señoras, señoritas
y cursis sin carretela.
En fin, todos los que tienen
muy contadas las pesetas
y no pueden gastar tronco
ni relumbrante librea...

DOMINGO. ¡Señorito! (*Desde la puerta de la derecha.*)

EDUARDO. ¿Qué te ocurre?
¿Si será alguna sorpresa? (*En tono más bajo.*)

DOMINGO. El joven del principal
y su hermanito don César
que preguntan por usted,
y esta tarde á unas carreras
quieren llevarle...

(*Eduardo se levanta y deja la bicicleta apoyada en la pared ó un soporte.*)

EDUARDO. Entendido:
que pasen, no hay etiquetas. (*Domingo se retira.*)

¡Santo Dios! ya sospechaba
alguna cosa siniestra;
porque... lo temo... mi padre
hace días que me inquieta:
su semblante, sus palabras...
y sus miradas inciertas
acusan que su cerebro
abriga extrañas ideas.

ARTURO. (*Desde fuera.*)
¿Nos das tu permiso, Eduardo?

EDUARDO. ¡Adelante! Dos colegas,
condiscípulos que estimo,
porque me quieren de veras.

ESCENA II

EDUARDO, ARTURO *y* CÉSAR

(*Entran estos últimos en traje de ciclistas, sin las máquinas, y saludan al primero, dejándole á la derecha.*)

ARTURO. Aquí nos tienes.

EDUARDO. ¡Sublime!
Buenos trajes en verdad.

ARTURO. Es la última novedad;
¿te gusta la hechura? dime.

EDUARDO. Caprichosos y de vista,
lindísimos y atildados;
no hay duda, los obligados
á distinguirse en la pista.

ARTURO. Para estas fiestas, preciso
es vestir con elegancia,
sin que llegue á petulancia.

EDUARDO. (*Con socarronería.*)
Sí, vamos... hecho un Narciso;

CÉSAR. Sobre todo, nos abona (*Con petulancia.*)
que papá tiene dinero

y es, además de banquero,
ministro de la Corona.

EDUARDO. Hacéis bien; para mí tengo
que debéis vestir así,
pues no es cuestión baladí
vuestro preclaro abolengo.

ARTURO. Es verdad; y en lo que vale
estimo tu cortesía.

CÉSAR. Y yo también.

EDUARDO. A fe mía,
lo que digo de aquí sale. *(Señalando el pecho.)*

ARTURO. Gracias, gracias; más completa
nunca la dicha existió,
que si el traje es *com'il faut*,
es mala la bicicleta.

EDUARDO. ¿Tu bicicleta? ¿y por qué?

ARTURO. Sencillamente: es muy fina,
muy bella, muy peregrina;
pero, de veras, no sé
cómo son sus armaduras,
que está plagada de achaques
y entre tantos triquitraques
ando siempre en composturas.

CÉSAR. Tienes tú la culpa, chico;
quisiste echarla de guapo
y te llevaste un gazapo
al comprarla.

ARTURO. No, fué mico.
Guiado de mis antojos,
me fijé en la más hermosa
y pagó, por pretenciosa,
la codicia de mis ojos.

CÉSAR. Pues la mía es muy sencilla
y propia para carrera.

EDUARDO. ¿Será fuerte?

CÉSAR. Y muy ligera,
es toda una maravilla.
Baste decir que á Pozuelo

llegué ayer en media hora
montado en ella; devora
las distancias.

EDUARDO. ¡A tu abuelo!

CÉSAR. ¿No lo crees?

EDUARDO. Correr es;
mas la mía es superior.

CÉSAR. ¿Será de niquel? *(Con intención.)*

EDUARDO. Mejor:
es una joya, cual ves. (*Apuntándola.*)
De acero muy bien bruñido
con ricas incrustaciones
do se leen inscripciones
de gusto y valor subido.

CÉSAR. Dí mejor, de *pura goma*, (*Con intención.*)
ya que de ello te envaneces.

EDUARDO. Me la otorgaron los jueces
de un certamen.

CÉSAR. ¡Toma!... ¡toma!

ARTURO. ¿De modo que es un tributo (*A Eduardo.*)
á tus prendas personales?

EDUARDO. Hace dos años cabales
que su dominio disfruto.

ARTURO. ¿Quieres venderla?

EDUARDO. ¡Bobada!

ARTURO. Te doy triplicado el precio.

EDUARDO. Todo dinero desprecio;
no me la pagas con nada.

ARTURO. Pues te pierdes esa breva,
es decir, *trescientos duros;*
á mí me sacas de apuros,
y tú compras otra nueva.

EDUARDO. Es inútil.

ARTURO. Ya lo veo;
pero es fácil que algún día
te acuerdes.

EDUARDO. ¡Qué tontería!

ARTURO. Te conozco y no porreo.

EDUARDO. Oyeme.
ARTURO. ¿Qué?
EDUARDO. ¿Tiene tasa
lo que es recuerdo ó regalo?
Aun suponiendo que es malo,
á todo valor rebasa.
CÉSAR. Déjale con sus razones *(A Arturo.)*
y con su joya preciosa,
que nos importa otra cosa
más que tales discusiones.
Ya sabrás que este programa (*Le saca de un bolsillo y se lo enseña.*)
fija á las tres la carrera,
que el público nos espera
y el compromiso nos llama.
EDUARDO. Lo sabía y no consiento
que por mí se falte hoy;
dispuesto estaba. Allá voy,
si me aguardáis un momento.
ARTURO. ¿Te ocurre algo?
EDUARDO. Si, una idea:
para que el ánimo goce
celebrar aquí los doce
nuestro triunfo en la pelea.
CÉSAR. ¿Y donde están los demás?
EDUARDO. Reunidos en la sala;
les dí cita, y hoy de gala
vienen todos. Ya verás. (*Sale precipitadamente por la derecha.*)

ESCENA III

ARTURO *y* CÉSAR.

(*Sentándose Arturo en la butaca, y César, apoyado en el respaldo de ella, sostienen el siguiente diálogo.*)

ARTURO. Este chico me interesa
por lo mucho que en sí vale,

¿qué te apuestas á que sale
con una nueva sorpresa?

CÉSAR. ¿Le has oído? Ya hace un rato
que los otros nos aguardan.

ARTURO. Habrá de todo: ¿á que tardan
Zacarías y Honorato?

CÉSAR. ¿Por qué lo dices?

ARTURO. Por esto;
porque viven más distantes.

CÉSAR. ¿Y qué importa? mucho antes
he visto venir á Ernesto,
y ya ves, su domicilio
le tiene por los Viveros...

ESCENA IV

DICHOS, EDUARDO *y nueve ciclistas.*

(*Al concluir de hablar César, vuelve Eduardo seguido de los ciclistas, sin máquinas.*)

CICLISTAS. Aquí estamos, compañeros.

ARTURO. Dios os guarde. (*Levantándose*).

CÉSAR. ¡Bravo, Emilio! (*A uno de ellos.*)
(*En este momento cambian impresiones con gran estrépito y algarabía.*)

ARTURO. El demonio que se entienda
con vosotros.

EDUARDO. (*A todos.*) ¡Por favor!
Basta, y tomemos calor
para entrar en la contienda.

CÉSAR. ¿Y cómo?

EDUARDO. Pues mira, así:
con un himno que á la lucha
nos anime.

ARTURO. (*A Eduardo.*) Pero escucha,
eso queda para tí.

CÉSAR. Yo me atrevo.

ARTURO. *(A César.)* ¡Presumido!

EDUARDO. ¡Vaya! dejad de charlar;
todo estriba en comenzar.
¡Atención! y mucho oído.
(Se colocan todos en semicírculo, dejando á Eduardo en el centro, á Arturo á su derecha y á César á la izquierda.)

Música.

Vamos intrépidos
en esta tarde
á hacer alarde
de agilidad.
Y del velódromo
hoy en la pista
gane el ciclista
celebridad.
Viva el estímulo,
haya destreza,
pies, ligereza,
mucho valor.
Désele el premio
de la victoria
al que á esa gloria
sea acreedor.
A este espectáculo
la gente acuda
más linajuda
que hay en Madrid.
La fama rápida
al mundo asombre
diciendo el nombre
del adalid.

(Este himno deben cantarlo con mucho movimiento y animación; concluído, se dirige Arturo á Eduardo, y le dice:)

ARTURO. ¡Soberbio! Me satisface.

EDUARDO. ¿Eh? Cesarito, ¿qué tal?

CÉSAR. No salió del todo mal,
á mí también me complace.
¿Y ahora, qué? *(A Eduardo.)*
EDUARDO. *(Toca el timbre.)* Ahora á Domingo
voy á darle prontamente
un recado.
CÉSAR. *(Aparte.)* Este presiente
de su padre algún respingo.
ARTURO. ¿Cuentas ya con la licencia
de Don Víctor? *(A Eduardo.)*
EDUARDO Desde ayer.
ARTURO. Entonces, no hay que temer.
EDUARDO. No está demás la prudencia.

ESCENA V

DICHOS *y* DOMINGO.

DOMINGO. Señorito, ¿qué se ofrece?
EDUARDO. Oye, si viene papá
le recuerdas que...
DOMINGO. ¡Ya... ya...!
se ha ido usted, ¿no le parece?
EDUARDO. Por supuesto, y aun le dices
que en el velódromo estamos,
por si tarde regresamos
con esto le tranquilices.
Y ahora, además del sombrero,
me limpiarás ese traje
(Señalando á uno que hay en una silla.)
y procurando no se aje
lo guardas en el ropero.
Con que, ¿lo entiendes?
DOMINGO. Sí, sí.
EDUARDO. Y vosotros ¿estáis listos? *(A los ciclistas.)*
CICLISTAS. Y de todo bien provistos.
EDUARDO. Pues estorbamos aquí.
(Se retiran todos por la izquierda, saliendo Eduardo el último y recogiendo la bicicleta.)

ESCENA VI

DOMINGO, *solo.*

(*Pasea por la escena con las manos echadas hacia atrás.*)

DOMINGO. Cada vez admiro más
lo que vale este muchacho:
¡carape! ¡Qué bueno es!
¡Y qué agradable su trato!
Sólo tiene una manía,
la de estar siempre montado
en bicicleta y con ella
pasar los días soñando.
Por lo demás nadie cree
que cuente tan pocos años,
pues parece ya un abuelo
en sus juicios y en sus cálculos.
¡Carape! ¿Y en sus estudios?
Es un prodigio, un encanto:
baste decir, y no miento,
que de notas tiene un carro
ganadas todas á pulso
en los Padres Escolapios.
Sabe francés, alemán
y hasta creo que polaco;
canta, baila, pinta al óleo,
toca muy bien el piano,
en velocípedo monta,
monta asimismo á caballo,
en fin, que le saca á uno
este chiquillo de cascos.
¡Carape! Que yo le quiera
no tiene nada de extraño;
como que le ví nacer
y casi llegué á criarlo.
(*Pausa, coge el cepillo y limpia el traje.*)
....

Pero las piernas me tiemblan
y vivo de sobresaltos
al pensar que la desgracia
sobre él descargue su mano.
Y la descarga de veras *(Con sentimiento.)*
porque veo que á su paso
se abre un abismo profundo
dispuesto pronto á tragarlo.
Si él supiera ¡pobrecito!
que va á ser tan desdichado,
al velódromo esta tarde
no se iría tan ufano;
pues aquí nos amenaza
un desastre de mil diablos. *(Pausa.)*
En esta casa no hay orden,
falta lo más necesario,
todo está fuera de quicio;
¡carape! no hay un ochavo.
Aquí se pasan los días,
y quizás se pase el año,
sin ahorrar para unas botas,
sin poder cobrar un cuarto:
se debe al sastre, al casero,
al zapatero de abajo,
al cocinero y á mí,
que soy sirviente decano.
Y para alivio de penas,
nos asedian sin descanso
mil y mil acreedores
que nos dan amargos ratos.
¡Malhaya la sed de oro
que inspiró un día á mi amo
una jugada de Bolsa
que le dejó triturado!
y ¡carape! este secreto
yo sólo sé y me lo trago
por amor al señorito
y por no asustar á Eduardo.

Así se explica que ande
Don Víctor desorientado,
que disimule y que oculte
á su niño el barquinazo;
pero no le va á valer,
como Dios no haga un milagro,
porque el fin de estos horrores
¡carape! será un embargo
que se lleve con las trampas
todos los muebles y trastos. (*Ruído interior.*)
Mas, chitón por un momento:
cerca de aquí se oyen pasos.
(*Se pone á escuchar por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VII

DICHO, NICOLÁS, JUAN *y* CELEDONIO.

(*Entran precipitadamente y en actitud agresiva: Nicolás, con un asador; Juan, con una escoba, y Celedonio, con un plumero. Se desatan en improperios contra el proceder de Don Víctor, haciendo blanco de sus iras á Domingo, el mayordomo.*)

Música.

NICOLÁS. ¡No puede ser!
¡no aguanto más!
DOMINGO. Pero ¿qué pasa?
dí, Nicolás.
NICOLÁS. Es imposible
tanto sufrir;
oye, Domingo:
me voy á ir.
JUAN Y CEL. Falta la guita,
como tú ves;
todo en la casa
marcha al revés.
DOMINGO. Cierto, y muy cierto,

tenéis razón;
yo os aconsejo
resignación.
Dios, que es muy rico,
proveerá;
todo ¡carape!
se arreglará. (*Transición.*)

NICOLÁS. Serán buenas tus recetas,
excelente mayordomo,
mas con ellas yo no como
ni fabrico las chuletas.

JUAN Y CEL. No nos saques de casillas,
que te mamas dos cachetes;
manda que nos den filetes
y echaremos pantorrillas.

DOMINGO. Son muy buenas mis recetas,
porque son de mayordomo;
si con ellas hoy no hay lomo,
por lo menos, no hay rabietas. (*Transición.*)

LOS TRES. Somos todos del amo
acreedores
y de que nos atienda
merecedores;
mas si no hay guita,
el estómago pronto
se debilita.

DOMINGO. Soy de los mayordomos
más consecuentes,
que defienden al amo
aun con los dientes;
mas no hay agallas
que resistan la furia
de estos canallas. (*Transición.*)

LOS TRES. Basta de cháchara,
danos parnés;
de lo contrario,
sales por pies.

DOMINGO. Yo os aseguro

que hoy sí lo habrá;
ya viene el amo
y él pagará.

(Al oir pasos, que sospechan ser de Don Víctor, echan todos á correr, dejando á Domingo solo. En la huída abandonan los objetos que llevaban en la mano.)

ESCENA VIII

DOMINGO *y* DON VÍCTOR.

(Don Víctor entra preocupado, y al reparar en los objetos que hay en el suelo, le dice á Domingo:)

D. VÍCTOR. ¡Domingo!
DOMINGO. Mande, señor.
D. VÍCTOR. Por los restos, que aquí veo,
esta escoba y asador
deben ser vivo trofeo
de algún combate.
DOMINGO. *(Sobrecogido.)* ¡Qué horror!
Señorito, si no llega
tan á tiempo, de seguro
el cocinero me pega,
y el ayudante, más furo,
me divide y me trasiega. *(Domingo retira á un lado los objetos que abandonaron los sirvientes.)*
D. VÍCTOR. Pues no entiendo ni adivino
el por qué de estas batallas. *(Deja encima de la mesa el bastón y el sombrero; después se quita los guantes.)*
DOMINGO. Es que en fuerza de mi sino
con esos viles canallas
de ordinario me amohíno;
porque el pícaro interés

y el ídolo del metal
les ciega y mata á los tres,
y me temo que en canal
me han de abrir en este mes.

D. Víctor. (*Se quita el gabán, en cuya operación le ayuda Domingo.*)
En verdad que es villanía
que te dejen tan maltrecho;
pero declaro, á fe mía,
que es de perfecto derecho
lo que cada cual pedía.
Por consiguiente, ya es hora (*Con tono grave.*)
de evitar tan serios males,
y decirte sin demora
que estas escenas fatales
se concluyen desde ahora.

Domingo. Y, ¿cómo, señor?

D. Víctor. Escucha;
hoy dejáis todo servicio,
no puede seguir la lucha,
que es cruel mi sacrificio
y la deuda también mucha.

Domingo. Pues prometo no me iré,
y, aunque me falte dinero,
en mi puesto seguiré.
Palabra de caballero:
¡yo jamás le dejaré! (*Con resolución.*)

D. Víctor. Gracias: siempre te creí
fidelísimo y discreto,
y por eso comprendí
que debiera mi secreto
reservarlo para tí.
(*Todo lo que sigue, con gravedad, acentuándola progresivamente en todas las estrofas.*)
Como sabes, la codicia
me incitó á buscar el oro,
ese metal que desquicia
la virtud, aunque el decoro

quede envuelto en la inmundicia.
Pero en vano ambicioné,
pues por lograr lo que ansiaba
el hogar sacrifiqué,
y en pos de lo que soñaba
mi infortunio al par hallé.
Los amigos no quisieron
ver entonces los despojos,
todos mis cuitas oyeron
y sólo tus ojos vieron
de mi suerte los abrojos.

DOMINGO. ¿Y ninguno en tanta pena
le prestó consuelo humano,
como quiere Dios y ordena?

D. VÍCTOR. Sí, me tendían la mano
de esperanzas siempre llena.
Y así, entre fieros vaivenes
arrastro penosa vida,
ciñendo aguda en mis sienes
una corona tejida
de vergonzosos desdenes.

DOMINGO. ¡Ay, Señor! no se acobarde,
saque fuerzas de flaqueza.

D. VÍCTOR. Me parece ya muy tarde;
de mi pasada grandeza
no pretendo hacer alarde.
Por tanto, fiel servidor, (*Con resolución.*)
en triste penar deshecho,
compartiré este dolor
que despedaza mi pecho
con mi Eduardo.

DOMINGO. ¡Por favor! (*Con sentimiento.*)

D. VÍCTOR. Nada, nada; yo me aflijo
ocultando mi amargura,
y en este anhelo prolijo
siento fiebre de locura
sin que lo sepa mi hijo.
Demos, pues, á la ficción

un golpe rudo y certero:
avisa sin dilación
á mi niño y dí que quiero
su pronta presentación.

DOMINGO. ¿Ahora mismo? (*Con indecisión.*)

D. VÍCTOR. Sí, ¿qué esperas?

DOMINGO. ¿No sabe el señor que en casa
Eduardo no está?

D. VÍCTOR. ¿De veras?
pero, ¿algo malo le pasa?

DOMINGO. Se ha marchado á las carreras.

D. VÍCTOR. Ya... vamos, sin mi permiso...

DOMINGO. Recuerde, señor, que ayer
vino á pedirle él sumiso
á punto de anochecer.

D. VÍCTOR. Es cierto; ¡qué compromiso!
Mas no importa: marcha ya;
resuelto estoy. Donde se halle
le avisas.

DOMINGO. ¿Lo mismo da
que esté en la pista ó en la calle?

D. VÍCTOR. Sí, Domingo.

DOMINGO. Pues se hará.
(*Se retira por la izquierda.*)

ESCENA IX

DON VÍCTOR *solo.*

(*Don Víctor, excitado, deja escapar de su pecho ayes de desesperación, que los expresa por imprecaciones y ademanes violentos, ora paseando, ora deteniéndose á reflexionar como influído por una idea fija y dominado por la pasión.*)

D. VÍCTOR. ¡Terrible batallar, recio combate! (*Paseando.*)
El alma triste, dolorida, inquieta,
el pecho herido por letal saeta;
la sangre hirviente por mis venas late.
No me atrevo á llorar, pero suspiro.

ante la imagen de mi suerte dura
que hasta las heces del sufrir apura
cuando excitado la contemplo y miro.
Turbados ya mis ojos de coraje
y esclavo de la loca fantasía,
por verme exento de su burla impía
sucumbo bajo el peso de su ultraje.
(Se sienta, y apoyando la cabeza sobre la mano derecha, sigue diciendo:)
Pero en el mal que obstruye mi camino
descubro débil luz, casi oscilando,
y voy á sus fulgores fabricando
de fantasmas revuelto torbellino.
¡Ah! si fuera á creer lo que otras veces
en el fondo leí de mi conciencia,
diría que esa luz la Providencia
la irradia en mis amargas lobregueces.
Más, ¿qué es la Providencia? Una mentira,
(Se levanta súbitamente.)
una palabra hueca, es un vacío;
de su bondad, si existe, yo me río,
y el que crea en su reino es que delira.
¡Siempre Dios! ¡Siempre en Dios! Si en mis dolores
clemente se mostrara y dadivoso,
con fe, sin vanidad, pero animoso,
frente haría á mi mal y á estos horrores.
Pero es inútil; miro á mi pasado,
pienso en mi porvenir, pienso en mi hijo;
mi mente torturando, yo me aflijo:
el cáliz del dolor se halla agotado.

....

(Se sienta, dando señales de profundo abatimiento.)

....

(Al llegar aquí la orquesta deja escapar leves sonidos que van en crescendo *con las situaciones violentas que expresa el recitado, de modo que aquélla se acomode con el ritmo musical á los gritos de la pasión.)*

Música.

¿A qué vivir ya más? si tierra y cielo, (*Se levanta.*)
con insensible y burladora calma,
se mofan del quebranto de mi alma
y la niegan ¡infames! un consuelo?
¿Qué importa á Dios la ley que me condena
eternamente á perdurable sino?
¿qué, si á la roca del fatal destino,
brutal me amarra la mísera cadena?
¡No puedo más! las fuerzas desfallecen... (*Se vuelve á sentar.*)
me ahoga la voz... la fiebre me suicida...
siento... frío y sudor...; esto... no es vida...
voy á morir...; mis... miembros se entumecen.
¡Socorro! ¡compasión! ¡Eduardo!... ¡Eduardo! (*Se levanta precipitadamenle.*)
(*Con incoherencia todo lo que sigue y siempre en aumento.*)
No le llaméis... ¡ladrones!... ¡mi dinero!
se lo llevan por fin... sí... lo prefiero;
mendigo acabaré. ¡Venid! ¡no aguardo!
¿Quién eres tú con ojos de pantera? (*Delirio y extravismo*).
«La suerte impía que en herir se ensaña»
Roba también... despoja... mata... daña... (*Arrodillándose junto al sillón.*)
descarga de una vez tu garra fiera. (*Cae desvanecido.*)

CAE EL TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA I

DON VÍCTOR *y* EDUARDO.

(*Don Víctor aparece sentado en la butaca en traje de despacho* (*batín*) *y Eduardo á su lado, en pie.*)

EDUARDO. Vamos, dime, buen papá,
¿es cierto que hoy un mareo
has sufrido? Yo te veo
algo triste...

D. VÍCTOR. ¡¡Já, já, já!! (*Con risa obligada.*)
No lo creas: impaciente
sí he estado un poco por tí,
y por eso te exigí
que vinieras prontamente.

EDUARDO. ¿Temerías que algún lance
me ocurriera?

D. VÍCTOR. Nó: sabía
dónde estabas, mas quería
ahora hablarte á todo trance.
Y en verdad, que tu regreso (*Transición.*)
tan rápido, me sorprende.
¿Cómo así? no se comprende
el motivo de todo eso.

EDUARDO. Ya verás: es que un ciclón
de fuerte granizo y viento,
de todos con sentimiento
disolvió la reunión,
pues destrozando la pista

y una valla de madera,
ha impedido se luciera
toda la gente ciclista.
Y cómo el cielo, nuboso,
tomaba cariz obscuro,
con César y con Arturo
volví á casa presuroso.

D. VÍCTOR. ¿Entonces, en el camino
á Domingo encontrarías?

EDUARDO. ¡Pobre viejo... y á sus días!
iba corriendo sin tino.

D. VÍCTOR. Lo creo. Dí, ¿y la tormenta (*Transición.*)
destrozó tus ilusiones?

EDUARDO. A más fuertes impresiones
el valor siempre me alienta.

D. VÍCTOR. Haces bien: ese criterio
y tu recto proceder
ahora lo has de menester
en un asunto bien serio.

EDUARDO. Y... ¿cuál, papá?

D. VÍCTOR. Con gran calma
sigue todo mi relato.

EDUARDO. Escucho, pues será grato. (*Se sienta al lado de su padre.*)

D. VÍCTOR. ¡Son tempestades del alma! (*Con curiosidad.*)

EDUARDO. ¿Tempestades? Mi cariño (*Con energía.*)
las ahuyenta.

D. VÍCTOR. ¡Oh! te engañas,
el cáncer de mis entrañas
no le cura un débil niño.

EDUARDO. Eso es decir que yo ignoro
de la vida los azares,
y que los rudos pesares
ni los siento ni los lloro.

D. VÍCTOR. Y es verdad, ¿qué de sufrir
tú sabes?

EDUARDO. ¿Y el postrer beso (*Con ternura.*)
que en mis labios dejó impreso

mi pobre madre al morir?
¿Hay en el mundo dolor
tan grande como la pena
de perder la madre buena
y el tesoro de su amor?

D. VÍCTOR. ¿Y olvidas que yo te quiero?

EDUARDO. ¿Y tú dudas que yo te ame?
Indigno, cruel, infame
sería: yo te venero.

D. VÍCTOR. ¡Ah, Eduardo! Mis cicatrices
ahora sospecho que cierres
y que mis duelos entierres
con las palabras que dices.
Perdona si es ambición.

EDUARDO. ¡Siempre te he querido, sí!

D. VÍCTOR. Por eso tú para mí
has sido consolación.
Desde el albor de tus días
fuiste mi angel tutelar,
y tanto te llegué á amar
que mi sér todo nutrías.
Más tarde, dorados, bellos,
fueron tus sueños los míos,
y bien dulces, bien sombríos,
seguí nutriéndome de ellos.
Y tan grande fué el placer,
que hoy temo ver en pedazos
deshechos tan firmes lazos
en fuerza de padecer.

EDUARDO. Pero, papá, tú deliras;
¿quién ha pensado en tal cosa?
sólo tu fiebre nerviosa
que hace negro cuanto miras.

D. VÍCTOR. Negros, sí, negros, obscuros, (*Se levanta excitado, y después Eduardo.*)
ciegos cual fuerte huracán
los instantes correrán
sin que me saquen de apuros.

EDUARDO. Vaya, vaya: sé conmigo
llano y franco: ¿qué te pasa?
dilo pronto.

D. VÍCTOR. Que esta casa
es... ¡el hogar de un mendigo! (*Con energía y tristeza.*)

EDUARDO. No lo veo: casualmente
nadie dice que haya entrado
aquí el dolor, ni ha cambiado
de esta mansión el ambiente.

D. VÍCTOR. Pues en eso está el doblez,
que entre timbres de nobleza
tengo oculta la pobreza
y perdida la honradez.

EDUARDO. Repito que tus ideas
son confusas y distintas;
ó no existe lo que pintas
ó exageras.

D. VÍCTOR. No lo creas.
Con datos que te presente (*Se dirige á la mesa, y abriendo el cajón saca de él unos fajos y papeles.*)
tú mismo comprobarás
que soy pobre por demás;
pero nó que estoy demente.

EDUARDO. Pero la clave y secreto
de esa indigencia que sueñas
¿puedo saber?

D. VÍCTOR. Si te empeñas,
la diré en lenguaje escueto.
Confiado en mi pericia (*Se vuelven á sentar.*)
una jugada libré
un día en Bolsa, y purgué
con exceso mi codicia.
Eso es todo; no te asombre.
Desde entonces mi fortuna
y blasones de mi cuna
se ocultaron con mi nombre.

EDUARDO. ¿También tu nombre?
D. VÍCTOR. Sí, sí.
¡Qué! ¿Te extraña? Con empeño
sólo le invoca el que es dueño
de hacer cargos contra mí.
EDUARDO. Y ese ¿quién es?
D. VÍCTOR. Don Benigno.
EDUARDO. ¿Acaso el padre de Arturo?
D. VÍCTOR. El mismo.
EDUARDO. Pues te aseguro
que es caballero muy digno.
D. VÍCTOR. Y ¿qué importa? si compró
como banquero el papel,
es muy justo que yo á él
le abone lo que adquirió.
Por lo tanto, como activo
tiene el crédito ya abierto
contra mí, que en descubierto
me quedé. ¿Ves el motivo?
EDUARDO. Y esa deuda...
D. VÍCTOR. Está pendiente
hace poco, y se deduce
del crédito que produce:
seis mil reales mensualmente.
EDUARDO. ¡Dios bendito! Pone espanto
pensar sólo á lo que asciende.
D. VÍCTOR. Es decir, que te sorprende;
¿y si quedara otro tanto?
EDUARDO. ¿Más aún?
D. VÍCTOR. Un protocolo (*Se los enseña á Eduardo.*)
ó fajos de documentos,
que acusan los alimentos
á pagar en un mes solo.
Cartas pidiendo dinero... (*La misma operación.*)
¡Un verdadero desastre!
Cuentas y notas del sastre
y minutas del casero.
Y tan pobre está mi erario

que, faltando á la costumbre,
este mes la servidumbre
no ha cobrado su salario.
Ahora observa; en esas listas (*Se las entrega para que las lea y lo mismo hace con los restantes documentos.*)
verás miserias y horrores:
son otros tantos clamores
de operarios y de artistas.

EDUARDO. ¿Es posible?

D. VÍCTOR. Espera un poco:
de líos, llantos y quejas
aquí tienes cien madejas,
que hago un nudo si las toco.
Y á este extremo reducido
de miseria, con afán
procuro ganar el pan,
acosado y maldecido.

EDUARDO. Y ¿no temes un embargo?

D. VÍCTOR. Sí, le temo, y con audacia
quizás traiga la desgracia
un cortejo más amargo (*Recoge los papeles.*)
y á sufrir la tiranía
de tanto oprobio y afrenta
por más tiempo ¿quién lo intenta?

EDUARDO. El que ciego en Dios confía.

D. VICTOR. Eso es farsa, mi aflicción, (*Se levanta excitadísimo.*)
mi angustia y mi desconsuelo
no lo calma ni aun el cielo
en mi extrema situación.

EDUARDO. ¿Y el Sumo bien?

D. VÍCTOR. Es un mito:
yo quiero la realidad;
si existe un Dios de bondad,
de su bondad necesito.

EDUARDO. ¡Qué profunda es tu ceguera!

D. VÍCTOR. Hijo mío, si hay un Dios,

hago cuenta que á los dos
nos resulta una quimera.

EDUARDO. Pero... papá, yo escuché
de labios del Padre Emilio
que viene Dios en auxilio
del que le invoca con fé.

D. VÍCTOR. Yo no la tengo.

EDUARDO. ¡Ah! ¿prefieres
del destino ser esclavo?

D. VÍCTOR. De todos modos no lavo
mi baldón.

EDUARDO. Porque no quieres.

D. VÍCTOR. Es que en mi pecho no aliento
nada, ni un acto piadoso,
ni un principio religioso,
ni el más leve sentimiento.

EDUARDO. Pero, dime, de esperanza
¿no hay un rayo en tu quebranto?

D. VÍCTOR. No lo distingo.

EDUARDO. ¡Dios santo!
no me explico ésta mudanza.

D. VÍCTOR. ¿Tú concibes que en mi enojo
al Sér Supremo yo acuda?
Si su mano no me escuda
de mi conciencia le arrojo.

EDUARDO. Aunque el dolor te taladre
el pecho, ¿por qué al hablar
blasfemas? ¡Oh! ¡has de cambiar!
No lo dudo: Dios es padre. (*Con convicción.*)

D. VÍCTOR. Tú te esfuerzas y trabajas
por convencerme.

EDUARDO. Lo espero.

D. VÍCTOR. Quien persuade es el dinero;
lo demás son zarandajas.
Por consiguiente, ahora mismo
concluye toda ficción,
pues tal vez la dilación
me precipite á un abismo.

EDUARDO. ¿Qué vas á hacer? (*Con interés marcado.*)
D. VÍCTOR. Lo que sea
menos útil se elimina,
¿te parece? (*Se vuelven á sentar.*)
EDUARDO. Sí, abomina
lo superfluo; buena idea.
D. VÍCTOR. Entonces ¿qué?
EDUARDO. Se suprime,
entre el fastuoso derroche,
el artículo del coche,
que no es propio del que gime.
D. VÍCTOR. Y entre las cosas de lujo
¿recuerdas si hay?...
EDUARDO. Otros tres:
mi asignatura de inglés,
la de música y dibujo.
D. VÍCTOR. ¿Sólo tres?
EDUARDO. Digo, son cuatro,
porque tampoco perdono
el capítulo de abono
á los toros y al teatro.
D. VÍCTOR. Pues oye, si es privilegio
de los ricos distinguirse,
también debe suprimirse
tu internado de Colegio.
Y tu hermana Soledad
correrá la misma suerte,
¡qué remedio! si no es fuerte,
ya se hará en la adversidad.
Más aún: de los sirvientes
el número lo restringo,
que se quede el buen Domingo,
los demás... son excedentes.
EDUARDO. Pena da que tu intención
acertada en supresiones,
se convierta en ilusiones
sin lograr tu *redención.*
D. VÍCTOR. Sí la logro, porque á más

de tales economías,
pienso adquirir estos días
más recursos.

EDUARDO. Tú dirás.

D. VÍCTOR. Sin ambages ni tramoyas
ni disgustos que temer,
de mi difunta mujer
voy á empeñar unas joyas.

EDUARDO. ¿De mi madre? ¡¡No es posible!! (*Se levanta asombrado y con indefinible angustia.*)
¡Qué! ¿Pretendes sin respeto
hacer de ella vil objeto
de interés? ¡Pecado horrible!

D. VÍCTOR. Y si invade la miseria (*Se levanta también.*)
nuestra casa de improviso
¿quieres que siga indeciso?
Piénsalo; la cosa es seria.

EDUARDO. Pero, dime, ¿no te ocurre
otro medio más humano?

D. VÍCTOR. Lo he pensado, mas en vano;
tanto sufrir ya me aburre.

EDUARDO. ¿Y no podrías vender
objetos ó chucherías
que no sirvan?

D. VÍCTOR. ¡Niñerías!
no te puedo complacer.

EDUARDO. Pues permíteme una cosa.

D. VÍCTOR. Habla, Eduardo.

EDUARDO. ¿Tú me quieres? (*Con zalamería.*)

D. VÍCTOR. Siendo tan bueno como eres,
con un alma tan hermosa,
¿lo preguntas? ¡Qué ocurrencia!
Te adoro con frenesí.

EDUARDO. Si dices sentirlo así,
espero me des licencia...

D. VÍCTOR. ¿Pará qué?

EDUARDO. Para implorar
de alguna alma bienhechora

la limosna redentora
de esta crisis.

D. VÍCTOR. ¿Mendigar?...
Eso nunca: antes prefiero
que el hambre cruel me mate
que admitir el disparate
de que vagues pordiosero.
Sí, hijo mío, todo intento
de filial solicitud
abandona; la virtud
de ese rasgo no consiento.

EDUARDO. Pues no habiendo miras bajas...

D. VÍCTOR. El pedir me causa tedio.

EDUARDO. Faltando el pan no hay remedio...

D. VÍCTOR. ¿No le ha de haber? Las alhajas. (*Con resolución.*)

EDUARDO. Pero, papá...

D. VÍCTOR. Todo inútil.

EDUARDO. ¿No te mueve á compasión?...

D. VÍCTOR. Es firme resolución
y tu ruego será fútil.

EDUARDO. Que lo quieres, ya lo sé;
que puedes hacerlo, bueno;
pero aun así, yo sereno
en mi juicio seguiré.

D. VÍCTOR. Mira, Eduardo, entre los dos
no haya lucha; tu capricho
queda en pie; harto te he dicho,
y basta ya... con que, adiós.
(*Se retira por la puerta de la izquierda, donde le despide su hijo.*)

ESCENA II

EDUARDO *solo.*

¡Oh! ¡qué mengua y villanía! (*Muy impresionado.*)
¡Cuánta angustia! ¡qué tortura!

¡Cuántos dardos de amargura
laceran el alma mía!
Todo obscuro, todo en calma,
eterna tarde de duelo;
si hay celajes en el cielo
hay más sombras en mi alma.
Por un lado está mi padre
con su fortuna deshecha;
y por otro, muy maltrecha,
la memoria de mi madre.
Sin rumbo ni pensamiento
un sér abyecto en ideas
mezquinas, falsas, ateas,
de su espíritu tormento.
Y dos hijos que en la frente
llevan impreso el dolor
con que el mundo engañador
sacrifica al inocente.
¿Puede darse en el sufrir
más acerbo desencanto?
¿puedo yo atajar con llanto
mi siniestro porvenir?
¡Nunca, nunca! En el vacío
que me abisma en la tristeza,
no hallaré noble firmeza
que conforte el pecho mío.
Digo mal: sólo en tu seno *(Se dirige al cuadro de la Virgen.)*
descubro piadoso abrigo;
sólo en tí, siendo mendigo,
me veré de hartura lleno.
(Se postra de rodillas, apoyándose en la butaca, y con expresión de infinita ternura canta la siguiente plegaria.)

Música.

«Sí, Virgen Madre, á quien venero tanto,
yo que te amé desde que pude verte,

yo que te invoco cuando en mí se ensaña
ruda la suerte;
Óyeme dulce y á mi clamor atiende,
mírame tierna, celestial María,
si eres la madre de mi Dios ¡qué gozo!
madre eres mía.
Salva á mi padre, salva su existencia, *(Se levanta y eleva la mirada al cielo.)*
rásgale el velo que á la Fé sonroja,
purga el veneno que, cual baba inmunda,
su labio arroja.»
Y ahora que triste gime en el olvido (1)
y la indigencia á pedir le obliga,
tu mano fuerte, siempre piadosa,
tiéndele amiga.
«Mas en la lucha que con rudo empeño
libra mi padre con febril desdoro,
impide, ¡oh Virgen! que las joyas venda,
yo te lo imploro;
....
yo te lo imploro;
(Vuelve á arrodillarse.)
que no las venda;
de mi madre querida
son dulce prenda.»
(Concluída la plegaria, se pone á pasear, recitando con expresión de alegría lo que sigue.)
¡Qué gozo! Mi corazón
se encuentra fortalecido
y presumo que me ha oído
el cielo en mi invocación.
Porque siento por mi sér
cruzar corrientes de gracia
que revelan la eficacia
de un sobrehumano poder.
Siento, sí, que en mi conciencia

---

(1) Esta estrofa se puede suprimir en la partitura.

una voz grata me dice:
«De tu padre el infelice
tú serás la providencia.»
Podrá ser que mi cariño
me ciegue con noble empeño;
pero creo que no es sueño
la providencia en un niño.
¿No es verdad, ¡oh! Virgen pura,
que le puedo redimir,
si me entrego á discurrir
y me inspiro en tu ternura?
(*Se sienta en actitud de pensar y como quien pone mucho interés en recordar algo.*)
Veamos: yo, en propiedad,
¿disfruto de alguna cosa?
¡ah! ya caigo... ¡y qué preciosa!
¡También es casualidad! (*Asociando ideas.*)
«Seis mil reales de interés»
esto fué lo que me dijo;
pues con ella voy de fijo (*Con convicción.*)
á abonarlos este mes.
Y aunque me cause gran pena
deshacerme de mi alhaja,
el mal, por pronto, se ataja
y realizo una acción buena.
Sólo falta detener
á Domingo en sus gestiones,
porque ya tendrá instrucciones,
si las joyas va á vender.
¡Ea! dicho y también hecho:
no perdamos la ocasión,
tocaremos el botón. (*Toca el timbre.*)
¡Hombre al agua y mucho pecho!

ESCENA III

EDUARDO *y* DOMINGO.

DOMINGO. ¿Hay permiso, señorito? (*Desde la puerta.*)
EDUARDO. Oye presto.
DOMINGO. ¿Qué me manda? (*Se aproxima.*)
EDUARDO. Escucha... y acércate:
con la mayor confianza
te voy á hablar de un asunto
urgente, y en dos palabras.
DOMINGO. ¿Y cuál es?
EDUARDO. Creo no ignores
lo que ocurre en esta casa.
DOMINGO. Ocurrir... vaya si ocurre,
pero son cosas no gratas.
EDUARDO. ¡Ah! ¿de modo que conoces
igual que yo la desgracia
que pesa sobre nosotros?
DOMINGO. Hace cuatro ó seis semanas
que el señor me confió
el secreto.
EDUARDO. ¿Sí? pues basta.
Suprimiendo explicaciones
que no conducen á nada
vamos derechos al grano.
DOMINGO. Mejor es que no á la paja. (*Aparte.*)
EDUARDO. Tú ya sabes que papá
en este momento trata
de remediar la miseria
que inexorable amenaza
visitarnos.
DOMINGO. Es muy cierto.
EDUARDO. Y que pretende evitarla
á todo trance, vendiendo
de mi madre las alhajas.

DOMINGO. Venderlas, nó, que yo sepa;
dirá mejor, empeñarlas.

EDUARDO. Es lo mismo; para el caso
en mi pecho un dardo clava.

DOMINGO. Tiene razón. ¡Pobre chico! *(Aparte.)*
Y diga: si así lo manda,
¿qué remedio?

EDUARDO. Para eso
cabalmente te llamaba.

DOMINGO. Explíquese.

EDUARDO. Dí, te ha dicho...

DOMINGO. Vamos, sí... las cosas claras:
que las empeñe.

EDUARDO. ¿Cuándo? ¿hoy?

DOMINGO. Esta tarde, ó bien mañana.

EDUARDO. Pues oye: te lo suplico
por aquello que en tu alma
más estimes. Ese paso
suspéndelo, que se alcanza
la redención de mi padre
sin recurrir á esa infamia.

DOMINGO. ¿Infamia, dice, señor?
No la veo.

EDUARDO. ¡Ay! las lágrimas *(Con sentimiento.)*
siento asomarse á mis ojos
cuando recuerdo con ansia
el tesoro de mi madre;
de aquella madre adorada
que en el lecho del dolor
le legó para mi hermana.

DOMINGO. ¿Y cómo voy á cumplir
la misión encomendada
á mi persona?

EDUARDO. Confía:
yo me encargo de llenarla.

DOMINGO. ¿De qué manera?

EDUARDO. Muy fácil:
tú no te ocupas de nada;

el editor responsable
yo seré.

DOMINGO. ¡Buena bobada!
Y... ¿si luego su papá
muy contrariado me lanza
á la calle?

EDUARDO. No lo temas:
el león de agudas garras
no es tan fiero como pintan;
tú no sales ya de casa.

DOMINGO. Puede que no por la puerta,
pero sí por la ventana.

EDUARDO. Te repito no te apures.

DOMINGO. ¡Ay! señorito del alma, (*Acobardado.*)
que yo le quisiera ver
en mi pellejo.

EDUARDO ¡Tontaina!
si el problema está resuelto
y la crisis conjurada.
Figúrate que esta noche,
y antes que al Colegio vaya,
como una balsa de aceite
ha de quedar esta casa.

DOMINGO. ¿Y quién sale fiador
de tantas deudas y trampas?

EDUARDO. Una señora muy rica
que tesoros pingües guarda,
y es madre de desvalidos,
y manantial de esperanza.

DOMINGO. ¡Carape! ¡qué suerte tiene!

EDUARDO. Sea suerte ó sea gracia,
vuelvo á decirte que estés
muy tranquilo.

DOMINGO. ¡Virgen Santa!
Ya respiro un poco más.

EDUARDO. Puedes hacerlo con calma,
porque dentro de un instante
de todo verás la trama.

DOMINGO. ¿Qué va á hacer el señorito?
EDUARDO. No te impacientes y aguarda,
que yo regreso muy pronto. (*Dispuesto á retirarse.*)
DOMINGO. ¿Si será cosa de magia?
Escuche, escuche, ¿si viene
su papá, que está en la sala,
y pregunta?
EDUARDO. Pues le dices
que estoy con mi camarada
del principal.
DOMINGO. ¿Con Arturo?
EDUARDO. Y con César.
DOMINGO. Bueno, vaya. (*Eduardo se retira.*)

ESCENA IV

DOMINGO *solo.*

¡Que terrible sofocón (*Paseando.*)
ha pasado el señorito!
Y luego... tanto estudiar
y enfrascarse con los libros.
En los días que está aquí
¡sufre un continuo martirio!...
y martirio que es de prueba,
casi llega á sacrificio.
Si á esto llama él vacación,
vacaciones yo no he visto
tan endiabladas como ésta. (*Se oye ruído y voces interiores.*)
Pero, calla, siento ruído,
y voces, y algarabía;
alguna zambra, ¡ay Dios mío!
Y aquí vienen y ahí están:
otra conjura, ¡qué líos! (*Asustado.*)
(*Quieren entrar atropelladamente los sirvientes y acreedores, y acometiendo á Don Víctor,*

éste los detiene en la puerta. Domingo permanece en medio del gabinete, hasta que, penetrando en él los acreedores, se ve arrollado por ellos.)

ESCENA V

DOMINGO, DON VÍCTOR, *los tres sirvientes y dos acreedores.*

Música.

D. VÍCTOR. ¡Oh, qué insolencia!
vuélvase atrás; (*Al zapatero.*)
no le tolero
ni un paso más.
Vaya á la sala
y espere allí;
esto es sagrado,
nadie entra aquí.

DOMINGO. ¡Así, así, *(Alegrándose de la resolución de su amo.)*
así, así,
duro con ellos!

ZAPATERO Y SASTRE. ¡Pobre de tí! *(Amenazándole desde la puerta.)*

ZAPATERO. Yo me abro paso. (*Hace esfuerzos por entrar hasta conseguirlo.)*

SASTRE. Y yo también, (*Idem.*)
la fuerza obliga.

TODOS. Amén, amén. (*Entran todos muy decididos.)*

D. VÍCTOR. Aquí por lo visto
estáis conjurados:
artistas, no artistas,
los mismos criados.

DOMINGO. Tú abriste la puerta *(A Juan.*)
á tanto demonio;
no pudo ser otro
que tú ó Celedonio.

NICOLÁS. Que sea quien quiera, (*A Domingo.)*

no tiene remedio;
si tú no te callas (*Le empuja.*)
te quito de en medio.

D. VÍCTOR. Haya paz por un instante;
basta, basta de cuestiones.

TODOS. No queremos más razones
que la plata bien sonante. (*Lo indican con los dedos.*)

D. VÍCTOR. Oiga, escuche el zapatero; (*Le da un recado al oído; pequeña pausa.*)
tenga la bondad el sastre. (*Idem íd.*)

ZAPATERO Y SASTRE. Nada, nada, que no hay lastre. (*Desengañados.*)

TODOS. Es verdad; falta dinero.

D. VÍCTOR. Lo van á tener
si esperan un poco.

DOMINGO. Con tanto jaleo
se vuelve uno loco.

ACREEDORES Y ¿cuánto aguardamos? (*A Don Víctor.*)

D. VÍCTOR. Como un cuarto de hora. (*A los acreedores.*)

ACREEDORES Con tal que nos paguen,
no es mucha demora.

D. VÍCTOR. Acompaña á estos señores (*A. Domingo.*)
á esa pieza ó aposento
y que esperen un momento.

DOMINGO. ¡Santo Cristo! ¡qué sudores!
(*Se retiran los acreedores por la izquierda y Domingo sale temblando detrás de ellos con las manos en la cabeza.*)

ESCENA VI

DON VÍCTOR *y* EDUARDO.

(*Don Víctor se sienta á leer, y al poco rato repara en Eduardo, que entra por la derecha con cierta cautela.*)

D. VÍCTOR. ¡Ah! es mi Eduardo.

EDUARDO. Sí, papá,

y dispensa si molesto. (*Hace intención de retirarse.*)

D. VÍCTOR. Mi lectura no es pretexto
para irte; ven acá.
Dime, ¿de dónde, monín, (*Cogiéndole por el brazo.*)
vienes ahora?

EDUARDO. De visita.

D. VÍCTOR. El ser curioso me incita
á saberlo. ¿Y con qué fin? (*Dirigiéndose á su hijo.*)

EDUARDO. No quiero pecar de adusto;
pero sé que si lo digo,
te desatas hoy conmigo
y tenemos un disgusto.

D. VÍCTOR. Luego, ¿tú ya me supones (*Algo serio.*)
falto de seso y uraño?

EDUARDO. Nó, papá; pero un regaño...

D. VÍCTOR. Esas son apreciaciones.

EDUARDO. Bueno, pues mira, respeta
lo que concluyo de hacer:
he bajado ahora á vender
á Arturo mi bicicleta.

D. VÍCTOR. ¿Tú bicicleta? ¡qué antojos! (*Admirado.*)
¿esa joya que estimabas
y que siempre la llevabas
en las niñas de tus ojos?

EDUARDO. La misma.

D. VÍCTOR. Pues no adivino
qué te ha podido obligar
á venderla.

EDUARDO. Mitigar (*Con resolución.*)
el rigor de tu destino.

D. VÍCTOR. ¡Ah! ya... vamos, ¿te refieres
á mi terrible desgracia?
Pues la cosa tiene gracia,
muchacho; tú ¿loco eres?
Porque dime, ¿en qué cabeza

cabe pensar ni creer
que con ese proceder
se remedie mi pobreza?

EDUARDO. No lo ignoro; pero sales
este mes de los apuros.

D. VÍCTOR. ¿Y cómo?

EDUARDO. *Trescientos duros...*
ahí los tienes. (*Se los entrega á su padre con resolución y ternura.*)

D. VÍCTOR. ¡Cuánto vales! (*Impresionado.*)
Es un rasgo que yo admiro
en tu bello corazón;
me parece una ilusión
y tú un ángel, si te miro.
Inmensa es mi gratitud
abismado en tu ternura,
¡Oh! ¡cuán bella criatura!

EDUARDO. Amar á un padre es virtud,
¿no es verdad?

D. VÍCTOR. Me satisface
decir que eres mi embeleso.

EDUARDO. Papá, ¿me admites un beso?

D. VÍCTOR. Deja, deja que te abrace. (*Se abrazan con efusión, en cuya actitud los sorprende Domingo para anunciar una visita.*)

ESCENA VII

DICHOS *y* DOMINGO.

DOMINGO. ¿Da su permiso? (*Desde la puerta.*)

D. VÍCTOR. Adelante. (*Entra Domingo.*)
¿Qué se ofrece?

DOMINGO. Una visita.

D. VÍCTOR. ¿Su nombre?

DOMINGO. Pues un señor...
muy tirado de patillas,
acompañado de otros

que parecen policías.

D. VÍCTOR. No faltaba ya otra cosa;
há tiempo me lo temía.

EDUARDO. Y ¿quién presumes que es?

D. VÍCTOR. Hijo mío, la justicia.
Oye, Domingo, cuanto antes (*A Domingo.*)
dí que pasen; pero, mira,
te vienes con ellos, ¿eh?

DOMINGO. Hoy tenemos sarracina. (*Hace ademán de retirarse y se vuelve.*)
Diga, señor, ¿y los otros?
los criados... los artistas...

D. VÍCTOR. ¡Ah! Es cierto, diles que salgo
á pagarles enseguida. (*Domingo se retira momentáneamente.*)
Eduardo, ¡terrible trance!
¡Cuando yo te lo decía! (*Emocionado.*)

EDUARDO. ¡Vaya! que no quiero verte
excitado; no te aflijas.

D. VÍCTOR. Si te parece que el caso...

EDUARDO. Mucha calma, sangre fría.
Virgen Madre, no nos niegues (*Dirigiéndose á la Virgen.*)
tu protección infinita.
(*Aparece el Agente ejecutivo con los polizontes, seguido de Domingo, que se queda á un lado.*)

ESCENA VIII

DICHOS, AGENTE EJECUTIVO *y polizontes.*

AGENTE. ¿Se puede? (*Desde la puerta.*)

D. VÍCTOR. Sí, caballero.

AGENTE. ¿Don Víctor de Miseráldez?

D. VÍCTOR. Servidor. (*Inclinando levemente la cabeza.*)

AGENTE. Muy señor mío; (*Correspondiendo.*)
mi presencia no le extrañe
en esta casa. Quizás

se lo presuma.

D. VÍCTOR. Es probable.
Puede usted tomar asiento,

AGENTE. Gracias, señor; un instante
pienso aquí permanecer.

D. VÍCTOR. Usted dirá.

AGENTE. Pues me trae
un asunto de por sí
enojosísimo y grave.

D. VÍCTOR. ¿Y qué es ello?

AGENTE. Debe ser
un mandamiento apremiante
del Juzgado que me envía
sin duda...

D. VÍCTOR. ¿Para embargarme?

AGENTE. Es posible: sírvase
del contenido enterarse. (*Le entrega una carta.*)

D. VÍCTOR. Con su venia. (*La abre.*)

AGENTE. Usted la tiene.

(*La lee pausadamente y le interrumpe diciendo.*)

D. VÍCTOR. Breve... lacónico en frases.
(*Del mismo modo que antes.*)
Justo, sí, ya lo esperaba.
Don Benigno á todo trance
quiere sacarme el dinero
á título de rescate,
apelando á la Justicia
que cruel mi hogar invade.

EDUARDO. Pero, papá... y el embargo (*A Don Víctor.*)
¿es ahora mismo?

D. VÍCTOR. Esta tarde;
así lo dice el exhorto
que en este escrito se me hace.

EDUARDO. Y ¿qué te embargan?

D. VÍCTOR. Los muebles,
semovientes y... ¡mi sangre!

EDUARDO. Y ¿qué son los *semovientes?* (*Al Agente.*)

AGENTE. Los ganados... animales...

DOMINGO. No me puedo contener, (*Se precipita hacia el Agente.*)
ni eso consiento. ¿Usted sabe
qué bichos se llevarán?

AGENTE. No es del caso dar detalles. (*Muy serio.*)

DOMINGO. ¿No me los da? Pues usted (*Al polizonte 1.º*)
que parece más amable.
(*Domingo y el polizonte se colocan al lado derecho para cantar el siguiente número, en actitud cómica.*)

Música.

DOMINGO.
Señor de guindilla
¿me quiere explicar
qué clase de bichos
nos van á embargar?

POLIZONTE 1.º
Esté usted tranquilo,
que no se le toca
ni á un pelo siquiera.
¡*Miusté* si es bicoca!

DOMINGO.
Confieso de veras
que lo sentiría,
porque de animales
padezco manía.
Respeten un gato
que tengo de Angola
con fieros bigotes
y espléndida cola;
y un loro encarnado
y un perro sabueso
que con sus monadas
me sorben el seso.

POLIZONTE 1.º
Repito, *güen* hombre,
que no se le *afilia*,
pues ya se supone
que todo es familia.

DOMINGO. Dios se lo premie
por el favor. (*Pequeña inclinación de cabeza, exagerándola con todo el cuerpo en las últimas notas.*)

POLIZONTE 1.° Soy siempre suyo
fiel servidor. (*Corresponde del mismo modo.*)

Hablado.

D. VÍCTOR. Vamos, Domingo, ¿quedaste
satisfecho y bien tranquilo?

DOMINGO. Tenía, señor, de un hilo
el alma.

D. VÍCTOR. Duro contraste:
en cambio, yo, á la justicia
entrego de mis mayores
el fruto de sus sudores
y el botín de mi codicia.
Porque sepa usted, señor, (*Al Agente ejecutivo.*)
que del Juez la providencia,
por exceso de inclemencia
en mí no halla cumplidor.
Lo siento; y aunque es notoria
la amargura que padece,
su negativa merece
sentencia condenatoria.
Puede, si quiere, aplicar (*Con resolución.*)
de las leyes todo el peso;
pero le advierto...

EDUARDO. ¿Qué es eso? (*Fijándose en la puerta de la izquierda; al mismo tiempo entran Arturo y César, que son portadores de la bicicleta y de una carta.*)

ESCENA IX

DICHOS, ARTURO, CÉSAR *y después todos los acreedores.*

ARTURO. ¡Una nueva singular!
EDUARDO. ¿Arturo y César aquí? (*Sorprendido.*)
ARTURO. Ahora verás el motivo: (*A Eduardo.*)
el Agente ejecutivo (*Al Agente ejecutivo.*)
de embargos ¿es usted?
AGENTE. Sí.
ARTURO. Entonces el caso exige
antes que el Agente parta,
lea Don Víctor la carta (*Entregándosela á Don Víctor.*)
que mi padre le dirige.
Me indica que en alta voz
su contenido se lea.
EDUARDO. ¿Y si vierte alguna idea?... (*A Arturo.*)
ARTURO. Calla, Eduardo, eres precoz:
pero tú la vas á oir,
como todos los presentes,
y además los tres sirvientes
que tienes, pueden venir.
DOMINGO. Hay con ellos gente extraña. (*A Arturo.*)
EDUARDO. No importa, que esta sorpresa
no menos les interesa,
pues lo bueno á nadie daña.
(*Sale momentáneamente Domingo á buscar á los acreedores; entretanto abre la carta Don Víctor y se dispone á leerla.*)
D. VICTOR. Hágase como lo quiere
Don Benigno. ¿Están dispuestos? (*A todos.*)
DOMINGO. Estamos: faltaban éstos. (*Al mismo tiempo entra Domingo con los acreedores.*)

D. VÍCTOR. Pues oid lo que leyere.

(*Todos rodean á Don Víctor para escucharle. Eduardo se oculta un tanto detrás de los demás, como corrido y avergonzado. Don Víctor da principio á la lectura visiblemente emocionado, acentuando dicha emoción progresivamente.*)

Madrid, 22 de Febrero de 1900. (*Fechas arbitrarias.*)

Sr. D. Víctor de Miseráldez.

Muy señor mío y de mi distinguida consideración: Le dirijo estos renglones influído por la impresión gratísima de una escena tierna y conmovedora cuya relación ha llegado á mis oídos hace pocos momentos.

Su niño Eduardo, inspirado en sus sentimientos nobles y cristianos, acaba de realizar *un rasgo de amor filial*, que pone de manifiesto la moralidad y la recta conciencia de un joven.

No me reservo nada, porque quiero que el ejemplo sirva de estímulo á la práctica del bien en otros niños de su edad.

¡Singular criatura! Para mitigar la situación aflictiva por que usted atraviesa en las actuales circunstancias, ha vendido á mi hijo Arturo una joya preciosa, una magnífica bicicleta de acero que le fué adjudicada en buena lid con motivo de un certamen celebrado hace dos años en uno de los velódromos de esta capital. Me consta positivamente que el niño tenía puestos sus ojos en dicha prenda, de la que se ha deshecho con una abnegación sin límites. Y como me complazco en premiarle, por una parte, su acción generosa, y por otra deseo evitar que se prive de aquélla, es mi propósito:

Devolver á su dueño la máquina, no permitiendo que la utilicen mis hijos en modo alguno.

Autorizar á usted para que se reserve su importe abonado por Arturo con el dinero de sus ahorros, los cuales trataré de nivelar lo antes posible.

Además, interesado en dar gusto á mis hijos, que compadecen á usted y se honran al propio tiempo con la amistad del suyo, en virtud de su compañerismo de Colegio, que deseo cultiven toda su vida, mando suspender en el acto la ejecución del embargo, cuya providencia había tomado el Juez por iniciativa mía á título del crédito que tengo contra usted hace mes y medio.

Más aún: la caridad cristiana me obliga á ser consecuente con mis ideales religiosos; por tanto, mañana recibirá usted la credencial para un cargo elevado en el Ministerio que presido. Y quién sabe si con el transcurso del tiempo se sobrepondrá en mí la abnegación al derecho de justicia. ¡Tanto puede y tan providencial es en algunos casos el corazón de un buen hijo!

Queda suyo atento, s. s. q. s. m. b.,

BENIGNO CLEMENCIARES.

(*Hace una breve pausa, y como repentinamente inspirado por la gracia divina, exclama con convicción y ternura.*)

¡Imposible ya más! De mi existencia
el velo que la envuelve se levanta,
pues veo fulgurar una luz santa
que desciende á mi lóbrega conciencia.
Transido de dolor y de amargura
mi espíritu recibe con delicia
ese rayo de luz que le acaricia,
bañándole de paz y de ventura.
El odio que punzó mi sentimiento
á impulso criminal de un arrebato
ya no existe en mi sér, antes ingrato
en palabra, en acción y en pensamiento.

Rasgáronse los fúnebres crespones,
se disiparon las nefandas dudas;
ya conozco, ¡oh mi Dios!, que tú me escudas
y me regalas con celestes dones.
Y al eco bienhechor de mis plegarias
que brotan ya del alma arrepentida,
siento que surgen á la eterna vida
del error mis doctrinas refractarias.
Perdón, perdón, Señor, para el demente
que profanó tu nombre con su boca,
perdón para el que cree y hoy te invoca
y antes su mano golpeó tu frente.
Acójame en tu seno tu clemencia,
recíbanme tus brazos salvadores,
que tuyos son mis férvidos amores
al adorar tu augusta providencia.
Y ya que el peso del dolor me oprime,
y que en mis sienes la verdad hoy ciño,
confieso con placer que un débil niño
á Tí me vuelve salvo y me *redime*.

Música.

(Para reforzar este número pueden cantar desde bastidores todos los ciclistas.)

TODOS. ¡Albricias, albricias!
Alegres estemos
y todos cantemos
el rasgo de amor,
que á un padre redime
en cuerpo y en alma
y vuelve la calma
al pobre acreedor.

D. VÍCTOR. Gracias, gracias, hijo mío;
con tu amor y tus virtudes,
de mis negras inquietudes
llenas hoy todo el vacío.

EDUARDO. De estos dones soberanos
sólo á Dios somos deudores
y á la que es Madre de amores
y auxilio de los cristianos.

DOMINGO. ¡Oh! qué bella lección es;
me dan ganas de llorar.

ACREEDORES Y á nosotros de cobrar
los dineros de este mes.

EDUARDO. Justo es dar, querido padre,
de gratitud como emblema
á la Virgen la diadema
de las joyas de mi madre.

D. VÍCTOR. Es muy justo que tu padre,
de gratitud como emblema
dé á la Virgen la diadéma
de las joyas de tu madre.

LOS DEMÁS. Es muy justo que su padre,
de gratitud como emblema
dé á la Virgen la diadema
de las joyas de su madre.

TODOS, *menos* EDUARDO.

De este niño el corazón
hizo Dios para estimar,
porque supo realizar
de un padre la redención.

TELÓN RÁPIDO

IMPORTANTE

Conociendo las dificultades que de ordinario surgen en la interpretación de melodramas, zarzuelas y operetas, escritas para jóvenes aficionados, por efecto de no poder armonizar en un mismo individuo todas las aptitudes necesarias para el mejor desempeño de aquéllas, creemos oportuno hacer aquí unas ligeras indicaciones, á fin de salvar, en lo posible, dichos inconvenientes en esta obra, y presentar un cuadro relativamente completo de actores que encarnen con cariño la idea capital de la misma.

En su consecuencia:

1.° Recomendamos eficazmente á los Directores de Colegios mucha escrupulosidad en la selección de los alumnos encargados de caracterizar los personajes de esta zarzuela.

2.° Es de absoluta necesidad un ensayo riguroso y constante de todas las escenas, especialmente de la última del Acto I y de la primera del II, las cuales, por ser algo duras y dramáticas, son, á nuestro juicio, las que deciden el éxito franco de aquélla y las que despiertan el interés del nudo ó trama de la acción.

3.° El papel del *protagonista* debe confiarse á un alumno de expresión fácil, dulce y persuasiva; y el de *Don Víctor* á otro de iniciativa vigorosa y espontaneidad de carácter. Aquél debe ser un jovencito de unos catorce años, de voz fina (tiple), bien timbrada y extensa; éste, que representa tener unos treinta y ocho años, de voz más llena, potente y de relativo volumen (tenor).

4.° El mayordomo *Domingo*, tipo del sirviente fiel y experto en lides domésticas, los *tres criados* y el *polizonte 1.°*, forman la nota cómica, sostenida principalmente en los números musicales mediante un gracejo bien marcado y movido en todas las situaciones. Los cinco deben tener también la voz adaptada á la edad que representan.



5.° Los *demás actores* son partes secundarias que deben excogitarse con menos esmero.

6.° El *coro de ciclistas* puede estar formado de niños de diez á doce años.

7.° Como la indumentaria *viste* los personajes y, aún más, el conjunto de la obra, recomendamos sea aquélla *rigurosamente natural,* sin descender á exageraciones.
